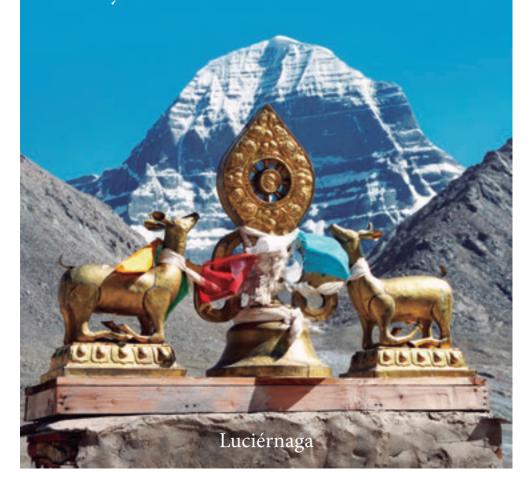
Raimon Panikkar y Milena Carrara

Peregrinación al Kailasa

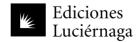
y al centro de uno mismo



Raimon Pannikar y Milena Carrara

Peregrinación al Kailasa

y al centro de uno mismo



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Raimon Panikkar y Milena Carrara, 2009, 2018 © de la traducción: Maia Figueroa Evans, 2009 y Carla Ros, 2018 © imágenes del interior: del archivo de la autora

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: octubre de 2009 Segunda edición: mayo de 2018

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018 Ediciones Luciérnaga Av. Diagonal 662-664 08034 Barcelona www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17371-13-5

Depósito legal: B-4.033-2018

Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

$Pr\'ologo \dots 11$	
I.	Peregrinación
	Peregrinación al Kailasa y al Manasarovar,
	de R. Panikkar
	Peregrinación al Kailasa y al Manasarovar
	con un maestro, de M. Carrara 28
II.	Peregrinación interior
	Mi narración, de M. Carrara 77
	Tu relato, de R. Panikkar
	La nueva inocencia, de R. Panikkar
Ш	. Bautizo en el agua y el Espíritu,
	de M. Carrara173
IV	. Últimos diálogos entre maestro y discípula,
	de M. Carrara189
Εţ	vílogo. Dos palabras de agradecimiento de un amigo lector,
	de J. Forzani
Gl	osario

I PEREGRINACIÓN

Peregrinación al Kailasa y al Manasarovar

Nuestra peregrinación de veinticinco días que tuvo lugar en septiembre de 1994 nos reveló una triple fuerza simbólica de la montaña sagrada y el lago santo, que desde hace milenios están allí inmóviles, atrayendo a pueblos e incitando a las religiones a superar sus engreimientos doctrinarios. La peregrinación no se realiza en el plano de la teoría (ortodoxia), sino en el de la acción (ortopraxis). Propongo transferir al Kailasa la fuerza simbólica de una invariable humana: el hecho de caminar con el cuerpo, y, por lo tanto, en el tiempo y en el espacio, hacia la Plenitud. Podría ser una peregrinación diferente, física o simplemente interior, o bien una experiencia última diferente. El Kailasa es la ocasión, pero también el símbolo.

Me habían pedido muchas veces que escribiera mis «impresiones» de la peregrinación, pero me había negado cortésmente afirmando que la Realidad es inefable y que lo inefable no se puede pronunciar. He ido allí sin papel, sin pluma y sin cámara fotográfica. He ido allí, pero no lo he conceptualizado. Lo que sigue es una narración y no la «cosa real».

Trascendiendo a la historia

El Kailasa es un templo del Absoluto. A diferencia de cualquier mezquita, catedral o templo, no está hecho por la mano del hombre. El Kailasa simplemente existe, está allí. Ha sido *descubierto* como símbolo sagrado por la mayoría de las religiones del sur de Asia (*bon-po*, hindú, buddhista, jainista, sij, etc.). Pero ya estaba allí.

Nadie puede reclamar ningún derecho sobre el Kailasa. No es propiedad privada; no es siquiera una masa de materia cubierta de nieve y mucho menos un santuario histórico. Es un símbolo sagrado para todos aquellos que así lo reconocen y que, al reconocerlo, confieren a la montaña un nuevo grado de realidad.

Muchas peregrinaciones son arriesgadas, pero ésta lo es particularmente. Arriesgas tu vida, recorres una senda sin retorno. No dispones ni de los modernos servicios de socorro ni de los tradicionales, ya que en la larga ruta de la peregrinación desde Katmandú, Kodari, Nyalam, etc., prácticamente no hay peregrinos. Uno está solo y no hay ninguna posibilidad de escapar a la muerte si el corazón de uno se debilita. Hay que estar dispuesto a abandonar la historia y despedirse del tiempo.

El aspecto subjetivo de esta experiencia es que uno debe estar dispuesto a arriesgar la propia vida, especialmente si no se es joven y no se está entrenado para caminar a mucha altitud. Varias veces se llega casi a los 6.000 metros. Se puede estar dispuesto y preparado en teoría, pero cuando, efectivamente, llega la experiencia real, la seguridad desaparece y el coraje proléptico sirve de muy poco. La muerte deja de ser un concepto abstracto. Las palabras y pensamientos no son de ayuda y toda reflexión se desvanece. Estás entre el ser y el no-ser: asti, nāsti (Katha-upaniṣad). Por la noche no sirve de nada salir del saco de dormir para respirar un poco de aire fresco. La muerte te rodea por completo. Estás envuelto en una atmósfera que parece asediarte por todos los lados con los brazos de la muerte. No es ninguna amenaza. Es un abrazo que mata con dulzura, si bien esta vez me ha perdonado.

Pero si de noche prevalece la conciencia subjetiva, de día predomina la conciencia objetiva. Durante horas y días, el escenario es intemporal y el paisaje se halla fuera de la historia. La historia humana, ya sea personal o colectiva, queda sumida en la irrelevancia. Los inmensos valles, los picos lejanos, la falta de árboles, los peñones y los ríos, los dilatados altiplanos... Todo existe sin historia. No provienen de un origen y no se dirigen hacia ningún fin, ningún *éschaton*. Son pura presencia.

En los tiempos modernos, la mayor parte de la existencia humana se vive en el transcurso de la historia. La mayoría de las acciones humanas están orientadas hacia una finalidad, y nuestras vidas están condicionadas de manera escatológica. Parece que vivamos para el mañana, que trabajemos para el futuro y que actuemos con la idea de alcanzar una finalidad en el tiempo. Si la muerte nos asusta es porque frustra todos nuestros proyectos e interrumpe nuestros sueños. Vivimos de proyectos, creyendo que así tendremos un lugar en la historia. Todo esto desaparece en las altiplanicies del Tíbet. No es que la historia se pare. Simplemente es que la historia no está allí. La vida es el presente. Si debemos vivir la vida plenamente, la tenemos que vivir hoy, sin esperar al mañana, sin reservar energías para el futuro. La Tierra se impone con su presencia. Está ahí con la Luna, el Sol y las estrellas que giran a su alrededor, dulcemente, sin prisa. Pero no es ni mucho menos un paisaje lunar. Es un ambiente sin historia, pero no sin el hombre. No es un escenario inhumano: el hombre está presente. Ha estado allí, nosotros formamos parte de él con los yaks, las ovejas y el resto de los animales. Es la revelación de que el hombre no es tan sólo historia. También es tierra, así como también es divino.

El peregrino va allí arriba solamente por ir, sin ningún otro motivo. Y si alguien alimenta el deseo secreto de hacer méritos (punya), este deseo se ve pronto frustrado. El peregrino interrumpe todos sus afanes y las actividades «importantes» de su propia vida y no está ni siquiera seguro de poder reanudarlas después del viaje.

Pero cuando irrumpe en ti la experiencia de que esta peregrinación es una vía sin retorno, entonces descubres que todas tus conquistas históricas son insignificantes. La conciencia histórica es uno de los principales factores de la crisis de nuestros días. Sólo una pequeña minoría de nuestra sociedad consigue tener éxito. Sólo unos pocos llegan a ser directores generales, ejecutivos de alto nivel, artistas de fama, esposos felices, libres de preocupaciones económicas o incluso santos o personas realizadas a nivel espiritual. La mayoría debe contentarse con llevar a cabo un papel secundario o con no tener ningún papel; también se puede buscar consuelo en un futuro paraíso, en un *karman* o algo semejante, y así prolongar el mito de la historia como trama de la realidad. Pero el sentido de la vida no se agota en la historia.

Cuando te das cuenta de que cada paso podría ser el último, tienes conciencia de que cada paso es definitivo. No sentimos que sea el último paso por el hecho de que el siguiente sea más difícil o más peligroso. El paso siguiente es prácticamente igual al precedente. La vida humana es un paso detrás de otro y ninguno de ellos es la zancada de *Viṣṇu*, sino un paso ordinario, al menos hasta el último paso consciente. Cada momento «normal» o «insignificante» podría ser el último. Y, entonces ¿qué hay de nuestra vida? ¿Frustración por no haber llegado allí donde queríamos? ¿Tristeza por haber desaprovechado el pasado? ¿O bien la experiencia de que en cualquier momento del camino está presente toda nuestra vida?

Paradójicamente, la peregrinación nos ayuda a darnos cuenta de que el camino «no va a ninguna parte», sino que existe aquí y ahora, de que en cada paso se cumple la peregrinación, el *yātrā*. Lo que cuenta es el primer paso. Y cada paso es el primero y el último.

Quizá tendamos a imaginar que es más fácil sentir la novedad del primer paso que sentir que cada paso es también el último. Me aventuro a decir que realmente no hay un *primer* paso, si éste no es igualmente el *último*. De otro modo, cada paso no es más que la continuación del paso precedente; no es realmente el primero. Advertimos que es el *primero* cuando somos claramente conscientes de que podría ser, y de alguna manera lo es, el *último*.

Sacralidad del espacio

Hay muchos espacios sagrados en el mundo, muchos lugares sagrados de peregrinación. La sacralidad del Kailasa y del Manasarovar nos ayudan a darnos cuenta de que cualquier espacio sagrado es único. Pero su carácter sagrado no está delimitado en un lugar: no hay altar, ni claustro, ni edificio. Es el espacio vacío lo que manifiesta su sacralidad, o sea, su realidad última. El aspecto maravilloso de la peregrinación es que el espacio vacío se hace visible, o mejor dicho, transparente: el vacío se llena de pura luz, el espacio está lleno de vacuidad. El Kailasa no es el límite, sino el centro.

Pero este espacio vacío está lleno de otra realidad. Está lleno de humanidad. «El *Puruṣa* lo llena todo.» El peregrino llena este espacio. Es un espacio humano, aquel espacio que le permite al hombre ser libre, moverse fuera de la camisa de fuerza del espacio e incluso de la historia.

Hombre y naturaleza se pertenecen mutuamente, el espacio es el vínculo. El hombre no está dentro del espacio como en una caja. Esa caja ni siquiera existe. Hay llanos, montañas, valles, puertos, ríos, prados, peñas, árboles, animales, hombres... todos ellos se pertenecen mutuamente y el espacio es su nexo de unión.

El hombre es un ser histórico, pero no de manera exclusiva. El hombre también es un ser cósmico, pero no sólo cósmico. Nuestro destino está ligado al destino de la Tierra, aunque con cierto grado de libertad. El Kailasa es el símbolo de la naturaleza cósmica del hombre. El Kailasa es imponente, pero no amenazador. La cima del Kailasa es como una cúpula o un pecho femenino: redondo, blando, blanco como la nieve y, por lo tanto, incitante y seductor. Abierto a la mirada, pero no al tacto. «Belleza» podría ser la palabra que lo incluye todo. Suscita admiración, respeto y reverencia.

Que seamos algo más que historia no significa quedar erradicado de la Tierra. Significa no identificarse con un destino histórico, no porque seamos ángeles, sino porque somos propiamente hombres, seres que participan en la aventura cósmica de todo el universo.

«Una grande y última lucha se presenta al alma [humana]», dice Plotino.

Es una lucha cósmica. La casa de la *psiché* es el universo, el campo cosmoteándrico; no sólo un escenario histórico o un espacio newtoniano-einsteiniano. Nosotros representamos nuestro papel en el *daivāsuram*, en la lucha entre dioses y demonios. La primera acción de Jesucristo al inicio de su vida pública fue precisamente hacer frente al «príncipe de este mundo» en el enfrentamiento cósmico, y toda su vida fue una lucha con las «fuerzas de

las tinieblas». Los demonios están siempre presentes en el relato del Evangelio, así como lo están en el hinduismo, el buddhismo y otras tradiciones.

El espacio sagrado es una dimensión cósmica. También la espiritualidad cristiana habla de los «cielos nuevos y la tierra nueva» y no únicamente del «hombre nuevo». «La columna cósmica sostiene el cielo y la tierra, el *skambha*», dice el *Atharva-veda*. La diosa Tierra, *Devi*, es la «Madre primordial», canta el *bhūmi-sūkta* del mismo Veda.

El peregrino se da cuenta en el Kailasa de que todo el cosmos es uno sin confusión panteísta. Somos actores y espectadores en la aventura cósmica de nuestro destino, y en la profundidad de nuestro ser nos damos cuenta de una inmortalidad que no es propiedad privada de nuestro cuerpo o de nuestra alma, sino un don del Espíritu, el verdadero *ātman*, que no está tan sólo dentro de nosotros, sino también en el corazón de cada ser. A menudo se dice que no podemos disfrutar de la amistad divina si no amamos a nuestros semejantes. Sin embargo, igual o más a menudo se olvida que también la comunión, la *koinōnìa* cósmica, nuestra unión con lo divino, también es necesaria para ser, en definitiva, nosotros mismos. El extrañamiento terrestre trae como consecuencia la alienación humana y el ostracismo de lo divino.

Una peregrinación «última»

Ir al Kailasa es una peregrinación definitiva, última, la peregrinación suprema, la *paramā yātrā*. No se sube al Kailasa, no se llega a la cumbre: se le da la vuelta, la circunvalación, el *parikrama*, se hace la *pradakṣiṇa*.

Como toda cosa última, esta peregrinación es inefable. No es por falta de palabras, sino que está más allá de toda descripción; no se puede expresar porque su experiencia trasciende el logos. La peregrinación última pertenece al Espíritu, al otro lado de la razón. Estamos en un espacio libre de necesidad lógica (*anágke* en griego), no porque sea superior a la mente, sino porque está más allá de la misma.

«Última» quiere decir que es una peregrinación sin retorno. Si se vuelve es por pura gracia: uno es un nuevo ser.

Por el hecho de ser una peregrinación «última» es indescriptible y no intentaré definirla. Me esforzaré simplemente en dejar que el recuerdo de la experiencia se filtre. Antes de la peregrinación no alimentaba intenciones particulares. Siempre me había sentido más inclinado hacia la peregrinación espiritual. Sin embargo, el recuerdo de mi padre hindú, que le explicaba con entusiasmo a su hijo adolescente cosas sobre el Kailasa y el Manasaroyar, resonó en mí cuando se me presentó la ocasión de unirme al último grupo de sādhu, a quienes los chinos habían permitido cruzar la frontera en 1959. Entonces tuve que renunciar en virtud de la «santa» (cristiana) obediencia y más tarde de nuevo por otros motivos, entre ellos un incidente que reveló que mi corazón no estaba en condiciones de soportar altitudes elevadas. A causa de una inexplicable coincidencia de acontecimientos, esta vez me vi prácticamente empujado a emprender la peregrinación, que podría ser para mí no sólo la última, sino también la definitiva.

Una triple acción transformadora marcó mi peregrinación y me di perfecta cuenta de que, si esta metamorfosis podía ocurrir en el microcosmos de mi persona, también tendría repercusiones en el propio macrocosmos. No somos mónadas aisladas. Nuestra responsabilidad también es cósmica. La humanidad no es una aglomeración de individuos aislados, sino el Cuerpo místico de aquel Misterio que muchas religiones llaman Dios.

Paz entre los hombres, es decir, entre las religiones; porque no se puede negar que las religiones han sido la causa principal de los conflictos humanos. Mi peregrinación fue un gesto ecuménico: superar todos los exclusivismos (de cada tradición o religión sin renunciar a la propia identidad: el Kailasa no es exclusivamente de los hindúes); vencer todos los «inclusivismos» (y todas las «teologías de la plenitud»: el Kailasa es también de los cristianos, pero no por un derecho superior a absorber todas las demás tradiciones); resistir todos los solipsismos (nosotros hacemos lo nuestro y vosotros, lo vuestro; no, el Kailasa es de todos), superar

también todo eclecticismo (la peregrinación al Kailasa exige que se emprenda personalmente, libres de toda carga superflua, incluso ideológica).

Paz con la Tierra fue la segunda transformación «ecosófica». Si dijese que se va allí a morir, parecería algo horrible y además sería falso. Pero explicar que se va allí adonde uno pertenece y donde no importa aceptar una requies in pace en el seno de la madre Tierra es algo completamente diferente. Comporta una transformación que he llamado ecosófica: una participación en la sabiduría de la Tierra, de la que el hombre es el fruto inteligente y el portavoz. No fue un viaje al abismo: fue una peregrinación, un itinerario hacia aquel lugar al que nosotros también pertenecemos. Es cierto que somos peregrinos sobre esta Tierra, pero verdaderos peregrinos en lugar de turistas curiosos, aunque tampoco somos los amos con derecho a explotarla para nuestros intereses egoístas. Gaia, eleýson (Tierra, ten piedad de nosotros) es una plegaria humana.

Paz entre los Dioses, entendidos como espíritus superiores, fue la tercera transformación y también la más ambiciosa. Si diferentes grupos de los que aún llamamos Homo sapiens se pelean entre ellos, podría ser porque entre otras cosas tampoco hay paz en el pántheion de las más altas esferas, en el devaloka. Los Dioses no han sido siempre Dioses de paz. Los sacrificios no sirven únicamente para aplacar la ira de los Dioses hacia nosotros. También sirven para establecer la paz en su reino, según las interpretaciones que hacen de ello las diferentes religiones.

En este sentido, como ya había hecho en *Aruṇācala* y en *Gangotrī* con *swāmi* Abhiṣiktānanda, celebré el sacrificio cósmico de la cruz, en el espíritu de los Veda, de Melquisedec y de todos los otros «intercambios» entre el cielo y la tierra, que para mí se simbolizan en la Eucaristía. Tres frases breves sacadas de la

Chāndogyaupaniṣad, del Prólogo de Juan y de Nāgārjuna fueron pronunciadas en la liturgia recordando a Prajāpati, a Abel y a Abraham, reviviendo la acción de Jesús el Cristo, quien nos recordó que ni en la cima del Garizim ni en Jerusalén, ni en el Kailasa..., ni entre hebreos, hindúes, cristianos, animistas... habitan exclusivamente el Espíritu y la Verdad.

Esta acción no se puede llevar a cabo en solitario. Bajo el cielo (símbolo de lo divino), con Milena (que muy conscientemente representaba a la humanidad) y sobre la tierra (que incorporaba toda la creación) celebramos (con el pan y el vino) aquel uno y único sacrificio, como canta el *Rg-veda* y consolida la liturgia cristiana, aquella sacra acción primordial.

Soy consciente de la utopía ambiciosa de esta ortopraxis religiosa. Si el eclecticismo es el peligro del primer punto y el antropomorfismo el del segundo, la *sustancialización* de lo divino es la trampa del tercero. Todos estamos comprometidos en la aventura cosmoteándrica. ¿Cómo podría yo, pequeño individuo, llegar a acariciar tales aspiraciones literalmente sublimes? ¿Podría decir, quizá, que fui movido por el Espíritu que sopla donde, cuando y *como* quiere?

La peregrinación al Kailasa abre un tercer ojo, el tertium cognitionis genus, la experiencia (anubhava) de otra dimensión de la realidad. Paradójicamente, la Materia está en correlación con el Espíritu dentro de la experiencia cosmoteándrica. El Kailasa se nos aparece como una roca gigantesca empapada de Espíritu, así como cubierta de nieve. Ahí he vuelto a pronunciar el «sermón de la montaña». Era más bien el sermón sobre la montaña, y aún más el sermón a lo largo del camino. Y más de lo que dice el poeta: «Grandes cosas, no inferiores, se hacen cuando los hombres y las montañas se encuentran», dice A. K. Coomaraswamy. Estas grandes cosas no se hacen topándose con gente por la calle.

El «sermón sobre la montaña» es el sermón de la montaña. No es el sermón que escucho sobre una pendiente montañosa, ni el ser-

món de un valle risueño. Podría ser que en nuestros días de humanismo antropomórfico no fuera fácil entender el lenguaje de la montaña. Podría ser por falta de un silencio total. Aún resonaban ecos en mis oídos. Sólo escuchaba esto: «Benditos aquéllos, bendito sea todo el mundo, benditos, āṣirvād, ānanda, śubhe, xara...», todas ellas palabras demasiado humanas para los oídos que aún no están en silencio.

Aun así, no sería sincero conmigo mismo si escondiera que a lo largo de todo el camino el «sermón de la montaña» empezó a superar incluso al genitivo objetivo de la frase y se convirtió en una mezcla de los dos genitivos, el objetivo y el subjetivo, interpretando ahora aquello que no hacía falta interpretar antes. No fue ningún sermón que yo oyera en la montaña, tampoco el sermón que diera la misma montaña. La montaña no habló. Era el sermón de la montaña primero en vocativo, y en nominativo al final. La misma montaña se convierte en sermón, y el sermón era la montaña.

Decir que experimenté que «el *logos* se convierte en la montaña» sería una interpretación muy limitada y levantaría la sospecha del que teme el panteísmo o suscitaría el entusiasmo del que cree en la encarnación divina. Pero podría ser una manera de sugerirlo a condición de olvidar su significado literal. El sermón de la montaña es la montaña. El sermón de la montaña es el sermón: Kailasa.

Pocas veces he escrito poesía, pero quizás estos versos expresen mejor aquello que se mantiene inexpresable:

> ¿No puedes ir al Kailasa? ¡El camino interior es para ti triste alternativa! ¿Has ido al Manasarovar? ¡Inútil fatiga, tu camino! Camino es tan sólo hacia el Sí mismo, el Sí mismo y el viaje siendo uno, como vieron el Buddha y Cristo.

Así:

Ve como si no fueras; renuncia como si no renunciaras. Sin peregrinar sé peregrino, peregrino hacia el No-lugar: ¡aquí y ahora!

Sin embargo:

Desde hace miles de años y desde diferentes tradiciones de fe el Kailasa atrae a los peregrinos. «Dios te ha puesto entre minerales», dice a la Ka'ba un gran maestro. ¿Es pura superstición? ¿Puede una montaña no ser sagrada? ¿O bien un cuerpo no ser santo? ¿Es la Verdad tan sólo un concepto? ¿Y la Belleza tan sólo un sentimiento? ¿Es la religión doctrina únicamente? ¿Y la fe solamente ideología? Y aún escuchamos de nuevo: «¡Levántate y anda!».

PEREGRINACIÓN AL KAILASA Y AL MANASAROVAR CON UN MAESTRO

Hace mucho tiempo que siento dentro de mí la inclinación por la escritura.

¿Por qué? No hay una respuesta clara. Quizá para exteriorizar lo que percibo. Es como si poco a poco se me fuesen abriendo los ojos y la emoción de lo que voy viendo, todavía con la vista borrosa, tuviese que explotar en un canto de júbilo. Pero yo no sé cantar, no lo he hecho nunca y no creo tener buen oído; tampoco sé escribir ni lo había hecho nunca, así que nunca me había decidido a coger la pluma.

«Quizá no me haga falta cantar y mucho menos escribir; quizá la sonrisa que me viene de forma espontánea a los labios incluya ya el canto», así me justificaba.

Después, inesperadamente, él dice: «Ahora bien, si alguien al escuchar el silencio siente el deseo de hablar, que haga partícipes a los demás... Pero únicamente si después de haber hablado puede añadir: "Palabra de Dios"».

Silencio. Largo y profundo silencio.

Estamos en la liturgia que concluye un breve retiro de espiritualidad. Y he aquí que de los labios salen «verdaderas» palabras, vibrantes, que nos hacen vibrar al unísono con quien las pronuncia. Son palabras que a veces expresan júbilo y otras, gran dolor; todos nosotros participamos del júbilo y del dolor y nos sentimos como una única cosa, agradecidos con quien nos ha hablado porque nos ha regalado con su ser y nos ha enriquecido entrando dentro de nosotros, haciéndonos participar de su humanidad.

A veces son balbuceos; otras veces, pensamientos expresados de forma clara y elegante... Pero no importa, porque nos transmiten la verdad que les ha dado origen. Por lo tanto, podemos añadir: «Palabra de Dios».

«Todo lo que recibimos se nos da para que a su vez lo demos nosotros de la manera que seamos capaces —Palabra de Dios.»

Así pues, esto es todo lo que he podido entender en mi corazón y con tal espíritu ahora me afano por dar forma a mis balbuceos.